



Ganador PFC

Un buen suceso

Manuel Bouzas Barcala

ETSAM

I. Un Buen Suceso

Centenares de piedras se escondían en aquel remoto rincón del monte del Pardo. Había decenas de capiteles, basamentos, molduras, parteluces y dovelas. Eran las ruinas de la Iglesia del Buen Suceso, una iglesia construida por Agustín Ortiz de Villajos en 1868 en la Calle Princesa, que en 1975 fue demolida y olvidada.

Fascinado por este descubrimiento realicé un registro de cada una de estas piezas, tomando medidas de dimensión y peso, y comencé una rigurosa reconstrucción de la Iglesia desaparecida. Si los templos son de las obras más fascinantes de la historia de la arquitectura, quería diseñar uno más. Entendí entonces esos 620 sillares ornamentales no como una ruina romántica sino como 190 toneladas de peso.

El emplazamiento no era otro que el único monte no protegido que bordea el Monte de el Pardo, un lugar por el que antiguamente pasaba el camino de Santiago y desde donde hoy, se puede contemplar todo Madrid.

Comenzaba así el delirio de proyectar una Iglesia suspendida en el aire. Sobre un poderoso y robusto basamento que es una cripta se levanta un ligero manto nacarado. El manto tiene un peso propio, que se equilibra con el momento producido por las piedras a través de unas balanzas que componen las fachadas. Unas estructuras que parecen grullas pero que son grúas. El ornamento ya no es delito, es equilibrio, y la geometría es la herramienta para construirlo, Ocho formas dibujan todo el proyecto.

El hexágono pavimenta, porque cubre un plano horizontal. La espiral empaqueta, porque organiza una planta. El ángulo concentra, porque los esfuerzos se reparten en 45 puntos. La hélice agarra, porque la envolvente se resuelve a tracción. La esfera protege, porque de 154 perfiles se descuelga. La curva emite y recibe, porque 16 trazos dibujan su forma. La catenaria aguanta, porque tan sólo una es suficiente. Finalmente el peso cae. Si de algo estamos seguros, es de que la gravedad es inevitable.

II. Cerámica en el pavimento

La planta de pavimentos cerámicos dibujará en el suelo la compleja geometría que ha definido el proyecto. Se toman las proyecciones en planta de la volumetría definida por la catenaria y las familias de las grúas. Tomamos como referencia los suelos de San Giorgio de Andrea Palladio, estas áreas se pavimentan con piezas cerámicas de color rojo, verde, negro y blanco. Debajo de las cúpulas, se trazan unas circunferencias pavimentadas con mármol negro y blanco, recordando a Sant'Ivo La Sapienza, de Borromini. El pavimento cerámico, con acabados de color vivos y brillantes, reflejarán toda la envolvente en el suelo, multiplicando la escala del espacio, al mismo tiempo que recibirá las proyecciones de sombra arrojada de las escamas cerámicas de la celosía, superponiendo dos trazados geométricos diferentes pero coplanarios.



III. Cerámica en la envolvente

Una ligera envolvente compuesta por cientos de elementos cerámicos de 45 x 6 cm, de color blanco y acabado nacarado, ofrecen una protección solar de celosía. Esta repetición está formada por la disposición al tresbolillo de un mismo modelo de escama, reorientada 90º una respecto a la otra. Se opta por la cerámica blanca por ser un material reflectante, ligero y económico. La fijación metálica sujeta la pieza comprimiéndola con una doble banda de neopreno, que evita que se fisure. O no hay ninguna ventana o hay un millón, estos elementos encierran un espacio de escala monumental rasgado únicamente por los haces de luz que los atraviesan, los reflejan y los difuminan, inmortalizando por un instante las emociones del ser humano.

IV. Conclusión

Este trabajo no es más que el resultado de una investigación optimista y desprejuiciada acerca de la geometría, el equilibrio y la monumentalidad en arquitectura; Una serie de experimentos realizados desde la razón, la imaginación y la intuición. Adolf Loos decía que la arquitectura despierta sentimientos en el ser humano, y que es nuestro deber, como arquitectos, hacer esos sentimientos más precisos.